

taciones del Concilio y del Código de Derecho Canónico, dedica la mayor extensión de su libro a la Exhortación postsinodal «Christifideles laici» (1988). El autor subraya que el carácter secular («índole secular») de los fieles laicos debe entenderse en un sentido teológico y eclesial, no meramente antropológico o sociológico.

Como afirma Berzosa, el redescubrimiento de los laicos se ha producido junto al redescubrimiento de la Iglesia y su misión en el mundo de hoy. El autor quiere superar posturas escépticas ante la teología y la espiritualidad laical, que, como casi todo lo decisivo en el cristianismo «no serán nunca cuestiones zanjadas». Es interesante su toma de posición acerca del laicado como un «carisma especial» que expresa la dimensión secular de la Iglesia (cfr. pp. 229 s.). Entre los riesgos de una inadecuada visión de los laicos (cfr. p. 232), señala: *diluir* la identidad propia del laico; *secularizarlo* (dejarle sólo su inserción mundana), *clericalizarlo* (confinarlo a los límites «intraeclesiales» o en relación con los ministerios), *espiritualizarlo* (insistiendo sólo en su «vida espiritual»), o incluso hacer de él una *especie de religioso* (señalando sólo la dimensión bautismal).

Ciertamente, cabe señalar, la vocación y misión de los laicos han de verse en el marco de la misión que toda la Iglesia tiene respecto al mundo. Una recepción de la *Christifideles laici* pide, al mismo tiempo, seguir profundizando en la relación que existe entre la dimensión secular de toda la Iglesia y la índole secular de los laicos. ¿Sería lo mismo decir «la Iglesia tiene una “dimensión secular”», que «la Iglesia tiene “índole secular”»?; ¿es suficiente la perspectiva de una Iglesia «toda ella ministerial» para discernir lo propio de las vocaciones, ministerios y carismas en ella?

Se trata de cuestiones decisivas, en las que se necesita un contexto, un vocabulario, un discernimiento teológico y pastoral. Este trabajo se sitúa en esa línea.

Ramiro Pellitero

**Eduardo CAMINO**, *Dios y los ricos*, Rialp, Madrid 2002, 167 pp., 16 x 19, ISBN 84-321-3394-9.

El autor, profesor de ética y moral económica en la Universidad Pontificia de la Santa Cruz, toma pie de *La vocación de San Mateo* de Caravaggio para proponer lo que podríamos llamar el «evangelio de los ricos».

Junto al Evangelio, aparecen autores significativos del siglo XX, como Guardini, Lewis, Chevrot, Escrivá, Nouwen, Juan Pablo II y otros tantos. El estilo es ágil y entretenido, dotado a la vez de una cierta pretensión literaria. El resultado es que se leen estas páginas con agrado y facilidad.

Al hilo de la obra de Caravaggio, el autor propone algo tan definitivo y universal como la llamada que Dios hace a todos los hombres y mujeres. En la escena que el cuadro recoge, Mateo responde a la llamada de Cristo, pero ¿qué ocurre con los demás personajes del cuadro? Se comentan entonces otras posibles respuestas ante la llamada de Dios a los ricos, que el autor analiza con realismo y sentido del humor. Encontraremos al sordo ante la llamada, al que adopta una actitud defensiva, al joven rico, al viejo avaro. Se ofrece entonces una serie de análisis psicológicos y espirituales que merece la pena leer.

El libro es sugerente, lleno de ideas útiles y de motivos de reflexión. A lo largo de estas páginas de autoayuda espiritual plásticamente ilustrada, el lector

encontrará argumentaciones interesantes sobre el sentido cristiano de la riqueza y de la pobreza. Se echa de menos, ya que el autor toma pie del evangelio de Mateo, alguna referencia más expresa a lo que en lenguaje de hoy diríamos la opción preferencial por los pobres, que aun estando presente como trasfondo a lo largo de todo el libro, hubiera merecido quizá mayor atención.

Pablo Blanco

**Martín GELABERT BALLESTER**, *Para encontrar a Dios. Vida teologal*, San Esteban-Edibesa, Salamanca-Madrid 2002, 287 pp., 15 x 23, ISBN 84-8407-290-8.

El objetivo principal de esta obra es ofrecer un tratado sobre las virtudes teologales. El autor, decano y catedrático de la Facultad de Teología de San Vicente Ferrer de Valencia, detecta un vacío en las publicaciones específicas en torno a las virtudes teologales, cuyo tratamiento parece haber quedado absorbido en tratados genéricos sobre antropología teológica, y reivindica la necesidad de realizar un estudio separado de lo teologal.

Por su estilo, estructura y modo de plantear los temas, el libro se presenta como un tratado básico para iniciarse en las cuestiones, que bien podría ser usado como manual para un primer estudio de las virtudes teologales. Se puede decir también que es un libro clásico en sus líneas principales y en el tratamiento de las cuestiones. Junto a la innegable inspiración en la Escritura, el autor —dominicó— encuentra apoyo en Tomás de Aquino para la solución de los diversos temas que se plantean.

Resulta original de esta obra el amplio espacio que se dedica al estudio de

lo común de las virtudes teologales. En efecto, la primera parte del estudio se dedica ampliamente a poner de relieve la unidad de lo teologal. Resulta especialmente interesante el segundo capítulo, donde el autor se esfuerza por poner de relieve la inserción humana de las virtudes sobrenaturales ya que el encuentro del hombre con Dios está asentado en lo humano. La fe, la esperanza y el amor nos sitúan en el umbral del misterio, porque la confianza en una persona, la esperanza en lo finito y el amor de lo limitado nos conducen a preguntarnos por un amor pleno, una confianza sin límites y una esperanza segura. Resulta también relevante el tratamiento cristológico de las virtudes, presentando a Jesucristo como modelo perfecto y acabado de vida teologal.

Tras la presentación de las «dimensiones antropológicas, cristológicas y sacramentales de la vida teologal» en conjunto, se accede al tratamiento teológico concreto de cada una de las virtudes teologales. Fiel a la tradición clásica, el autor sitúa la fe en relación con la Verdad revelada, la esperanza en relación con la Promesa de vida eterna y la caridad en relación con el Amor beatificante. Si la fe acoge a Dios como Palabra que se revela, la esperanza lo hace como Promesa de vida y la caridad como Amor incondicional. Sin embargo, esta manera de subrayar lo específico de cada virtud tiene también sus riesgos. Especialmente la situación de la fe en la inteligencia y su remisión a la Verdad entendida principalmente como contenido pueden dar la impresión de intelectualismo, aunque debemos reconocer que el autor se esfuerza por evitar este peligro.

Valoramos, ante todo, el esfuerzo por presentar un tratado sencillo y completo sobre las virtudes teologales. El profesor Gelabert ofrece una acertada